

TEMA 7 [H]

LA CULTURA COMO LOGRO DE UNA SEXUALIDAD “NO CONSUMIDA”

A. Visión de Freud:

III. La cultura como logro de una sexualidad ‘no consumida’.

[a]- La cultura ¿es una culminación o una rémora? [66-68]

La cultura como logro de nuestra sexualidad ¿en pugna con el ‘amor’?

La problemática que **Freud** plantea en **El malestar en la cultura**, refleja más bien lo que podríamos denominar el ‘malestar de la calle’, pues afirmaciones que encontramos en esta obra entran en conflicto con otras que aparecen a lo largo de su obra y hemos recogido en nuestra búsqueda. Contraponen ‘familia’ y ‘cultura’ y presenta a la mujer como un freno para la tarea cultural al tener menos capacidad que el hombre para la sublimación. Por otro lado el hombre, *la parte que consume para fines culturales la sustrae, sobre todo, a la mujer y a la vida sexual*, frase que habremos oído alguna vez, aunque no en estos términos, pero sí la queja contra el hombre de su dedicación a lo que no es estrictamente familiar. Hasta aquí su razonamiento encaja con cosas que hemos trabajado. Lo extraño es la acusación que hace a la ‘cultura actual’ de no tolerar más que la familia tradicional, siendo esto un freno para llegar a “admitir la sexualidad como fuente de placer en sí”, frase que no sé cómo encajar en su obra. Más aún, páginas después se pregunta: *Si también se aboliera este privilegio, decretando la completa libertad de la vida sexual, suprimiendo, pues, la familia, célula germinal de la cultura, entonces, es verdad, sería imposible predecir qué nuevos caminos seguiría la evolución de ésta...* La cosa no queda clara.

Sin embargo, años antes ya planteaba estos interrogantes. Es muy antigua, y hemos aludido a ella, su queja de que la sociedad ha impuesto una meta que ha llevado a lo que denominaba ‘hipocresía cultural’. En realidad, el problema estaría en conseguir que la cultura, que ha de surgir de unos ‘instintos’ ‘transformados’, posibilite dicha transformación, y no se limite simplemente a ‘reprimir’, lo que por otro lado, dejándolo a su libre expansión no generaría cultura alguna. Pero es un tanto simple decir sin más que puesto que la cultura ‘se basa’ en esta ‘hipocresía’, *tendría que someterse a hondas transformaciones si los hombres resolvieran vivir con arreglo a la verdad psicológica.*

¿Qué quiere decir ‘verdad psicológica’? Si como veremos después no es un ‘logro’ para el hombre llegar a ser ‘hormiga’, ni ‘existe el logro cultural perfecto’, en vez de demonizar una cultura basada en la hipocresía, alentar a la tarea siempre nueva de la necesaria ‘transformación’ de nuestros instintos, que si cada uno no la lleva a cabo, nadie lo hará por uno. ¿No es esta la tarea del Psicoanálisis?

[b]- El amor como valor civilizador, contrapuesto al egoísmo (Ya visto en el Tema cuarto)

Después de los interrogantes que nos planteaba el epígrafe anterior, podemos encontrar

una respuesta en su convicción de que el desarrollo de la Humanidad va a depender del **amor**. En efecto, en **Psicología de las masas y análisis del yo** comenta lo siguiente: *el egoísmo no encuentra un límite más que en el amor a otros, y no basta la comunidad de intereses. Por tanto, en el desarrollo de la humanidad, como en el del individuo, es el amor lo que ha revelado ser el principal factor de civilización, y aun quizá el único, determinando el paso del egoísmo al altruismo.*

Aquí la terminología cambia apareciendo la contraposición amor-egoísmo, y da por supuesto que en esta disyuntiva nos jugamos el verdadero ‘desarrollo’. El ‘amor’, pues, es considerado como el “principal factor civilizador”, y dicha civilización parece surgir del “altruismo”. Ahora bien, el altruismo no se impone, ha de llevarse a cabo una ‘transformación’ de los propios instintos, que en principio son ‘autoerógenos’ [‘autoeróticos’ decía en otros contextos].

[c]- Nunca será logro para el hombre llegar a ser ‘hormiga’ [50-51]

En realidad, la cultura empieza en la antigüedad por los ‘dioses’: *Desde hace mucho tiempo [el hombre] se había forjado un ideal de omnipotencia y omnisapiencia que encarnó en sus dioses... podemos considerar a estos dioses como ideales de la cultura. Pues bien, el hombre ha llegado a ser por así decirlo, un dios con prótesis (¡esto dicho en 1930!). Sin embargo, concluye: tampoco el hombre de hoy se siente feliz en su semejanza con Dios. ¡Ni en el de 2011!*

Y es que *nunca el logro del hombre será llegar a ser ‘hormiga’, aunque buena parte de las luchas en el seno de la Humanidad giran alrededor... de hallar un equilibrio adecuado (es decir, que dé felicidad a todos) entre estas reivindicaciones individuales y las colectivas, culturales, y termina preguntándose si este conflicto tiene solución.*

Es la tentación de todo utopismo, pero no hay posibilidad de encontrar la estructura que ‘asegure’ la respuesta adecuada de cada persona sin cargarnos su libertad. Su libertad lo aboca a una búsqueda llamada a ser responsable, aunque puede no pasar de caprichosa. Esta incertidumbre parece acompañar al hombre en cualquiera de sus procesos. No podía ser menos en el de la sexualidad. Todos deseamos que el comportamiento humano sea responsable y acertado. Pero esto pasa por una decisión siempre arriesgada. Este es el reto permanente del ser humano en todo, y nada podrá ahorrárselo. En la sexualidad, que es el tema que nos ocupa, los animales lo tienen resuelto con una época de celo, que limita su alcance a la conservación de la especie. Pero no olvidemos, que es la ‘no periodicidad’ de la sexualidad humana y su ‘plasticidad’ las que, según **Freud** hacen posible la misma cultura y progreso del hombre, pero, como todo proceso no programado, cargado de búsquedas, aciertos, fracasos, avances, retrocesos...

Hay un detalle que conviene tener en cuenta: cuando abordamos esta problemática (y cualquier otra) desde la perspectiva de la libertad no tiene por qué salir en primer plano el resultado ‘feliz’. Ni la responsabilidad ni el acierto tienen por qué ir acompañados de experiencias ‘felices’.

[d]- No existe un logro cultural perfecto

Pero la gran tensión o incompatibilidad es entre la pretensión de felicidad y la cultura. Y es que no podemos soñar con alcanzar un logro cultural de tal perfección que evite la desazón que el ser humano siempre encuentra de cara a su búsqueda de la felicidad. Pero la gran pregunta que nunca me cansaré de formular, ¿se reduce el ser humano a un conjunto de ‘necesidades’? ¿O a un logro puramente individual? Sin embargo, ¡nadie sueña con 'llegar a ser hormiga'!

Pero ¿en qué consistiría la normalidad de nuestra sexualidad? Y a esta altura de nuestra reflexión habría que preguntarse si es válido el binomio ‘hombre-felicidad’: las dificultades que la ‘cultura’ ha generado al ser humano es desde la expectativa de su ‘felicidad’. ¿No sería más válido el binomio ‘hombre-inteligencia desde la libertad’? En efecto, la inteligencia no es instinto, tiene que buscar en libertad, y no tiene como horizonte (en sentido estricto) la felicidad, sino que lo que denominamos ‘acertado’, no es precisamente el ‘capricho’, sino logros como la verdad, la justicia, el bien común, cosas complejas e improgramables: ¡hay que buscarlas y concretarlas!

[e]- El ‘dominio’ alcanzado por la cultura no se incorpora automáticamente

En esta confrontación con la realidad de la que surgirá la cultura, no hay que olvidar que el dominio alcanzado no se incorpora sin más al individuo en su desarrollo, sino que *cada individuo tiene que repetir personalmente en su camino, desde la infancia a la madurez...* Por tanto, esta tarea nunca debe darse por resuelta de antemano, y el reto de la madurez parece depender del logro más o menos exitoso en cada persona. Pues en el caso de la sexualidad, de cuya complejidad hemos tratado a lo largo de nuestra búsqueda, será especialmente delicado, y por supuesto, es sumamente importante que su evolución sea válida, pues se trata de una energía tan totalizante y de la que va a depender nuestra aportación a la cultura.

[f]- ¿Iniciar una más amplia transformación de los instintos como substrato de una civilización mejor? [66-68]

Es decir, el planteamiento del problema no es optar sin más o por instintos o por civilización, sino que vayamos encontrando la necesaria “transformación de los instintos” para posibilitar “una civilización mejor”. No podemos vivir sin ‘civilización’, pero tenemos que encauzar nuestras “tendencias instintivas, psicológicamente hablando” de tal forma que no terminen en frustración [represión] sino expresándose a través de una ‘transformación’. ¿No es el momento de remitirse a la posibilidad de la sublimación?

B. Experiencias-vivencias de logros y retrocesos culturales:

III. La cultura como logro de una sexualidad ‘no consumida’.

En efecto, en el enunciado de este apartado aparece lo que queremos desarrollar: el logro de una sexualidad no consumida (sublimada) es nada menos que la cultura, sin la cual, un ser humano libre (no programado por un instinto) se habría perdido en un hartazgo: el mero ‘placer grabado en nuestra células’, nos cierra todo horizonte, toda búsqueda, toda esperanza, toda sorpresa. El ser humano no soporta ningún código, ni el del placer, y sin embargo está llamado a convivir, y esa convivencia se concreta, en gran parte, en la cultura,

pero esta cultura ¿es un logro o nos limita? Esto nos lleva al primer epígrafe de este apartado:

[a]- La cultura ¿es una culminación o una rémora?

Es la gran pregunta de **El malestar en la cultura**. Pero el problema sería: ¿tiene la última palabra el malestar, o el reto es la convivencia?

Ortega y Gasset: nos habla, en vez de 'cultura' de civilización que la define como *voluntad de convivencia*, En definitiva la gran disyuntiva es individuo-comunidad, que está llamada a no ser disyuntiva: el individuo no puede salir adelante sin la comunidad, como ésta no es tal sin la suma de las distintas individualidades dispuestas a convivir. Esta interacción es la que plantea la cultura. En este sentido él denuncia la postura del 'hombre-masa', encerrado en sí mismo como 'sujeto de derechos', sin necesidad de responder a nada ni nadie, sino exigiendo. Lo equipara al 'especialista' que desde la óptica de su especialidad cree dominarlo todo y poder opinar de todo. Además este hermetismo es hedonista y narcisista y no podrá aportar nada a la cultura, entre otras cosas por lo que plantea el epígrafe siguiente.

[b]- El amor como valor civilizador, contrapuesto a egoísmo

P. Bruckner, nos describe 'la izquierda enrollada', que nunca puede ser civilizadora: ese tomar conciencia de la propia 'desgracia' para que surja la revancha, el odio (éste tiene una eficacia inmediata). Pero si la imposición nunca es civilizadora, menos aún la revancha o el odio. Será civilizador todo aquello que posibilite y potencie la convivencia, y esto sólo puede hacerlo el amor, no el egoísmo, como recoge nuestro epígrafe. (Curiosa su alusión a la 'escatología' de las religiones).

Ortega y Gasset, comenta que el hombre 'hermético' (el especialista), se siente en 'su casa' y nada le ayuda a salir de su 'temple caprichoso'. Esa seguridad 'caprichosa', no sólo le impide 'escuchar instancias superiores', sino que mucho menos se plantea abrirse al 'fondo inexorable de su propio destino'. La inmediatez del presente le basta, como al niño. Pero sólo ese 'inexorable destino' podrá librarnos de un 'egoísmo' que siempre es 'laberíntico': ¡Esto sí desemboca en el aburrimiento!

Benedicto XVI ve todo esto plasmado en la Eucaristía: el sacramento de la entrega de Jesús. Sólo la entrega es civilizadora (crea convivencia). Pero en esta vivencia nos incorporamos a una entrega que nos ha precedido. Es decir, habría que decir que el amor siempre será en cierto sentido 'respuesta' libre; nunca el protagonismo le sentó bien (al amor), como tampoco la imposición.

Pero si el amor está en la raíz de todo logro cultural, no podemos soñar con que la cultura sea algo previsto, una especie de 'utopía' soñada que finalmente se impone. Esto nos abre al epígrafe siguiente:

[c]- Nunca será logro para el hombre llegar a ser 'hormiga'

Benedicto XVI: el error de Marx consistió en creer *que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado*. El hombre es libertad y *no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables*.

En este contexto puede ser oportuna la defensa que **Ortega y Gasset** hace de la 'filosofía', que nunca dependerá de la 'masa'. Es bueno oír en nuestro contexto cultural consideraciones de este estilo: alivia la sensación de asfixia que provoca algo que nos invade por todos lados, que Lipovetsky ha denominado “el imperio de la moda”.

Ortega, nos avisa del riesgo del Estado, sobre todo cuando el ‘hombre-masa’ cree percibir en dicha formación su creación por excelencia. Esto puede llevar a “*la estatificación de la vida*”. Con ello desaparece la ‘*espontaneidad histórica*’ (detrás de la historia ¿está la libertad o ‘*la portentosa máquina*’ del Estado?). La ‘portentosa máquina’ del Estado, ¿no está dispuesta en todo momento a ‘*aplantar toda minoría creadora que lo perturbe*’? ¿No es este ‘logro’ la alucinación de creernos que sería mejor convertirnos en ‘hormigas’? Pero la trampa de esta alucinación la formula mejor el epígrafe siguiente:

[d]- No existe un logro cultural perfecto

Bruckner, previene contra “*la embriaguez de lo posible*”, situación que ‘*da vértigo*’, nadie está ‘*libre de la necesidad de elegir, es decir, libre de un marco que nos limita y condiciona nuestra libertad*’. Creer lo contrario, lleva consigo ‘*el riesgo de no emprender ningún camino*’. No se puede pensar en construir una realidad tan no condicionada, porque, en definitiva “**no existe un logro cultural perfecto**”: ‘*si bien los gobiernos pueden crear condiciones óptimas... (la salud, la vivienda, la educación, la seguridad), no les está permitido dictar sentencia sobre lo que debe ser una vida feliz.*’ Pero hay un aspecto de la cultura que no puede olvidarse: el nivel alcanzado por cualquier cultura no se transmite automáticamente: epígrafe siguiente:

[e]-El ‘dominio’ alcanzado por la cultura no se incorpora automáticamente

La cultura, al proceder de una *libido* no consumida y ligada a la libertad, no es algo que se incorpora a nuestra naturaleza, sino que ‘*está ahí*’ y que hay que ‘*sostenerla*’, nos dice **Ortega y Gasset**: si no la sostenemos nos quedamos sin ella. ¡Tantas grandes civilizaciones han desaparecido! Para sostenerla y la voluntad de paz (¡no el pacifismo!), lo más importante: la libertad y el acuerdo (que apunta a la convivencia, no a la ausencia de conflicto sin más).

Lo mismo advierte **Benedicto XVI**: no son lo mismo los inventos que los logros ‘*de la conciencia ética*’. Éstos, al estar relacionados con la libertad humana, tendrán que ir siendo elegidos en cada momento: van a necesitar para incorporarse “*unas convicciones vivas, capaces de motivar*”. No es algo, pues, mecánico. Y es que ‘*las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan*’. El ser humano necesita un amor que lo ‘redima’, es decir, que le dé ‘un nuevo sentido’, y esto aun prescindiendo de la fe. Lo contrapuesto (el egoísmo), no redime. Tiene, pues, sentido el epígrafe siguiente:

[f]- ¿Iniciar una más amplia transformación de los instintos como substrato de una civilización mejor? (67)

Es decir, tomar en serio la **sublimación**. Esto sí tocaría el verdadero fondo transformador que todo hombre lleva dentro, el único ‘substrato’, en contraposición a

idealismos que se imponen [**represión**]. ¿Es que esto es posible? El único ‘valor civilizador’ que conocemos: el **amor**.

San Agustín experimenta su transformación personal como puro don, pero dicha transformación reside en su libertad consciente (contrapuesto al sueño): el yo es el protagonista (¿no se nos decía que el ‘yo’ es el que ama, no el ‘instinto’?). Todo esto “*nos hace sentir que nosotros no somos precisamente los que hemos hecho lo que, muy contra nuestra voluntad, se ha verificado en nosotros*”. ¡Nada de voluntarismo!

Bruckner, una vez más ‘interpreta’ la experiencia religiosa desde su ‘especialidad’ (como sociólogo), hablando de las promesas que ofertan las religiones, que al ser ‘trascendentes’ no necesitan ‘prueba’, las contraponen a las que ofertan ‘las ideologías laicas’. Pero el problema que plantea nuestro epígrafe no es precisamente la materialidad de un ‘bienestar’ y ‘atractivos’, sino una *transformación de los instintos*, lo cual va más allá de la comprobación ‘material’, y lo que es más importante, no frustra porque el cambio se lleva a cabo en la misma persona y tiene sentido en sí, al margen de los logros concretos que a veces pueden tardar, ¡o no llegar! No es el ‘ideal’ (siempre exterior a mi capacidad) que no se alcanza sin más (y que de una forma u otra terminará en ‘represión’), lo cual defrauda y amarga, sino que *el instinto se orienta sobre un fin diferente y muy alejado de la satisfacción sexual* [consumible] (**sublimación**).

Y es que posiblemente tenemos que admitir la intuición de **Ortega y Gasset**: ‘*la civilización no es otra cosa que el ensayo de reducir la fuerza a ultima ratio*’. La *última ratio* no es precisamente una ‘fuerza’ mayor (supondría represión), sino una alternativa a la fuerza, cosa que parece ser puede conseguirse a través de la transformación de la energía más dinamizadora que posee el ser humano (su *libido*) que puede encauzarse por caminos que no apuntan precisamente a la satisfacción sino a ‘fines diferentes’. ¿La “*ultima ratio*” de Ortega? No olvidemos que Freud advierte que en el proceso de la sublimación, *lo más importante es el apartamiento de lo sexual*, gracias a su ‘plasticidad’. Pero, ¿qué hay detrás de esta plasticidad? (¿Tema siguiente?)

C. Interpelaciones personales.

En efecto, la pregunta con la que terminábamos el apartado anterior no es ociosa, pues nuestra sexualidad parece ser capaz de lo mejor y de lo peor, gracias a dicha ‘plasticidad’. Pero los logros positivos de dicha plasticidad (¡la **cultura!**) hemos visto que no pueden ‘heredarse’ y darlos por supuesto sino que hay que ‘mantenerlos’.

Es desde esta perspectiva desde la que podemos interpelarnos: ¿qué hago yo al respecto? Quizá un detalle significativo es si vivo de forma ‘agradecida’ y responsable lo que me he encontrado o exijo lo que tendría que mantener. ¿Edifico o destruyo?, que sería lo mismo que preguntarme si meramente consumo, o algo “me merece la pena” (¡el **esfuerzo!**, ¡*Ultima ratio!*), me llena, porque ni reprimo ni me dejo llevar de la inercia (aburrimiento), sino que transformo unos ‘instintos’ (**sublimación**) para que no se extingan en la satisfacción.